

Sepia
DE ESCARLATA
mancillado



JUAN JOSÉ HIDALGO DÍAZ



Presenta

Colección  A sangre



Sepia, de escarlata mancillado

Juan José Hidalgo Díaz

Créditos:

Sepia, de escarlata mancillado

Primera edición digital: junio 2016

Código: 9785400038635050088

Autor: Juan José Hidalgo Díaz

Ilustración de portada: Mayte CG (es.maytecg.com)

Prólogo: Virgina Pérez de la Puente

Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente

Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Edición: Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A

CP 50006 Zaragoza

www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (ww.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Prólogo

Una oscuridad inquietante, una penumbra suave y aterciopelada. Magia, en el aire, en la más cruda realidad, en las palabras. Intranquilidad, ternura, reverencia, temor, maravilla, deseo, zozobra. Excitación convertida en horror, horror excitante, culpabilidad, desconcierto. Cuando no eres capaz de discernir lo que sientes, quizá es que lo estés sintiendo *todo*. Y cuando alguien es capaz de hacerte sentirlo *todo*, de enmarañar tus pensamientos y desequilibrar tu química interna hasta ponerte enfermo, vivo, eufórico, nervioso, apesadumbrado, sin dejarte al mismo tiempo distinguir una sensación de la otra, un pensamiento del que lo acompaña, un sentimiento del siguiente... eso es amor.

Conozco a poca gente capaz de lograr despertar todo eso usando tan solo la palabra escrita. Hay muchos escritores buenos, y unos cuantos muy buenos, pero son muy escasos los que pueden conseguir que lo sientas *todo*, y que seas tú quien lo siente, no ellos los que te describen sus sentimientos

para que tú los comprendas. Juan José Hidalgo Díaz logra que sean tus propios ojos, al seguir las palabras impresas, los que escriban la historia. Y eso es algo que está al alcance de muy poquitos.

Conocí a Juanjo hace ya algunos años. Por Internet, que es como se hacen hoy en día los contactos, por muy mal que les suene a los bienpensantes: él para mí era Lord Jaqen H'ghar (Uno para los amigos), yo para él era Lady Nieve (para abreviar, Ni). Nombres falsos y algo excéntricos para dos personas que solo sabían la una de la otra que compartían la afición por un libro en concreto y que por esa afición habían acabado en el mismo foro. Qué poco sabía yo el día que leí por primera vez un mensaje suyo, cuando pensé «qué tío más valiente, hablando en tercera persona como el personaje cuyo nombre ha adoptado», que acababa de cruzarme con una de esas personas que acaban clavadas con una chincheta en el corcho de tu vida, una foto pegada ahí, en tu currículum, con un encantamiento de presencia permanente que no se va aunque pasen muchos años y cada uno acabe en un extremo de la geografía internáutica y real.

Fue muy poquito después cuando leí por primera vez un relato suyo, una tragedia de título cuyo

contenido, sin embargo, me hizo parpadear y decirme a mí misma: «Ojo, que este tío sabe lo que se hace». Creo que ese fue el momento en el que ambos nos dimos cuenta de que ahí había algo más que dos personas intentando pasar el rato en un concurso de relatos organizado como pura diversión, de que éramos dos personas que acababan de descubrir que, aparte del gusto por ese libro en concreto que nos había llevado al mismo foro, compartíamos una vocación. Casi podríamos decir que los dos empezamos al mismo tiempo nuestra carrera literaria, en ese momento, con esos dos relatos; una carrera que poco a poco nos va llevando por caminos que, por aquel entonces, ni siquiera nos atrevíamos a soñar. Hay cosas que caen por su propio peso, y cosas que ascienden porque no les queda más remedio que ascender, y este aspecto de Juanjo, el literario, es una de esas cosas que estaban destinadas a subir como la espuma.

No es su único aspecto, y no será el único en levantarse y volar hasta el infinito y más allá. Juanjo es un hombre del Renacimiento. O, lo que viene a ser muy parecido, hace de todo y casi todo lo hace bien. Es un buen médico, un buen dibujante, un buen diseñador, un buen humorista, un buen actor, un

buen amigo y, lo que de verdad importa en este caso que nos ocupa, un magnífico escritor. Puede que todavía esté empezando, que aún no se haya convertido en todo lo que, en potencia, se podía percibir ya en aquel primer relato que tuve la suerte de leer; pero lo hará, porque no le queda más remedio que hacerlo. Él no tiene la culpa: es que le han dibujado así. O quizá se haya dibujado así a sí mismo, con esa pluma suya tan característica que hace que tanto sus dibujos como sus escritos sean inconfundibles. Y se le dan bien todos los géneros: cuando quiere hacer reír, el lector puede acabar llorando de la risa; cuando quiere hacer llorar, es imposible contener el llanto. Y cuando quiere dar miedo...

Cuando quiere dar miedo, da *mucho* miedo. Y no necesita crear monstruos viscosos ni invocar fantasmas vengativos para conseguirlo. No, él no. Él con dos palabras bien puestas, dos palabras de esas que todos utilizamos en nuestro día a día, es capaz de conseguir que esa noche no apaguemos la luz de la mesilla y dejemos al gato haciendo guardia en la puerta del dormitorio por si acaso. Esas dos mismas palabras cotidianas, sencillas, con las que es capaz de hacer poesía pura convertida en terror. Un terror tan

cotidiano como el lenguaje que utiliza, que, como la lana bien tejida, acaba convirtiéndose en una obra de arte compleja y oscura compuesta de hilos sencillos claramente trenzados.

Lo mismo te traslada a la Inglaterra Victoriana que al Japón de la primera mitad del siglo XX que a la Rumanía medieval. Y tú, pobre lector, no dices «oh, este personaje está allí», no: eres tú quien pisa esa tierra, quien respira su aire, quien, de repente, habla y piensa y siente en inglés, en japonés, en rumano, en un idioma inventado que sin embargo tú manejas a la perfección. Porque Juan José Hidalgo Díaz convierte a los lectores en personajes de sus relatos, sus palabras se clavan en la mente hasta que es tu cerebro el que las convierte en una realidad. Se mete en tu cabeza y te habla como si fueses tú mismo, un «tú» perverso y desgarradoramente sincero capaz de listar tus miedos, vergüenzas, deseos y perversiones ocultos y obligarte a que seas tú mismo, a través de su voz, el que los confieses.

Y no hay nada más terrorífico, y al mismo tiempo más excitante, que ser un personaje de Juanjo.

Virginia Pérez de la Puente

Valor para volar

Una vez, él le había dicho que era como un pájaro encerrado en una jaula de aire. Demasiado acostumbrada estaba a no tener escapatoria como para poder disfrutar de la libertad.

Pero eso sería casi al final, recordó con dolor y amargura, mucho después de conocerla.

Se sirvió un vaso de licor. Sabía bastante mejor que el que él había destilado, pero le faltaba algo, un regusto dulce de victoria, de trabajo bien hecho. Seguiría destilando aquel maldito licor de no ser porque su cuerpo lo impelía a descansar al fin, a abandonarse a las comodidades que no había gozado en años. Salió al porche, con el vaso de metal en la mano, donde el viento de la noche, frío y húmedo, se coló en sus vetustas articulaciones a pesar de la ropa de abrigo. Se acercaba otro otoño, las hojas secas que empezaban a adornar los caminos así lo presagiaban. Vendría preñado de tardes nubladas, lluvias insistentes y fantasmas de la memoria, atraídos por la melancolía que cosechaba la estación.

Ella era su fantasma desde hacía demasiados otoños. Esperaba que quedasen pocos, muy pocos más.

Cuando la conoció no había estación alguna. El gran desastre había arrancado de raíz toda vida, todo ciclo y toda estabilidad que el mundo había cultivado durante años. Tras largos meses de invierno, crudo, inevitable, impasible y nuclear, el sol había recuperado su lugar en el cielo, libre ya de partículas de polvo radiactivo, y golpeado la tierra reseca y desértica con inquina e ira. El radón emergía alegremente de entre las grietas; el ozono conquistaba pozos enteros de muerte entre las ruinas; compuestos inestables caían del cielo formando una neblina áspera, amarga, que se encendía incandescente de noche y fulguraba de día. Y David recorría ese mundo, tierra de nadie, en lo que él conocía como «su ronda».

En un tiempo anterior, más joven e ingenuo, donde aún podían crecer el árbol, el helecho, la fe y la conciencia, había realizado aquel recorrido tras el volante de un autobús. No lo movía la nostalgia por el antiguo trabajo, ahora perdido y oxidado, ni el romántico deber a cumplir por su honor;

simplemente era el recorrido que mejor conocía y, por lo tanto, casi el único que podía reconocer entre los edificios mutilados, los cascotes, el polvo y los restos herrumbrosos de coches, farolas y cubos de basura.

Durante el mismo recogía agua allí donde la lluvia ocasional y violenta quedaba remansada, comida de las alacenas inútiles y los supermercados fantasmales, caza de ratas y gatos que vivían entre la ruina y la basura, y todo lo que pudiera necesitar para su propia supervivencia. También visitaba a un hombre, anciano, otro superviviente. En aquella época David lo llamaba «Señor Perro» o «Señor Ladridos», porque, paranoico y senil, se atrincheraba en lo que quedaba de su tienda intentando evitar que espectrales enemigos invadieran su territorio. Probablemente sus propios recuerdos. David le llevaba provisiones, dejándolas bien visibles para que el Señor Ladridos pudiera recogerlas cuando él se marchara. No era compasión, ni humanidad: era el convencimiento de que, si alguna vez se comenzaba a rehacer todo lo destruido, cuantas más manos hubiera para ayudar, mejor. Aunque fueran manos paranoicas y seniles.

No se fijó en el edificio hasta el día en el que la conoció. Era normal. No solía alzar la vista hacia los esqueletos afilados y desnudos de los grandes rascacielos, por lo inútil de aquel acto. Las trampas imposibilitaban virtualmente el explorarlos en busca de provisiones, y el sentimiento de desasosiego atado a los muros vencidos, heridos, destruidos y calcinados no facilitaba la labor de salir cada día a la calle.

Pero un sonido inesperado llamó su atención. Era el golpeteo de un objeto metálico, en la lejanía. Atraído por semejante ruido, pensando que se trataba de algún animal atrapado que luchaba frenético por escapar, David se aproximó al edificio. Lo recorrió con la vista, comprobando que se había liberado de buena parte de su estructura, pero que una fachada había aguantado admirablemente bien, dejando tras sus ventanas vacías y rotas el testimonio de una humanidad pasada, perdida para siempre. Y, en un lateral, cual bandera para la esperanza, se descolgaba lentamente un objeto, pendiendo de un cable grueso, golpeando las paredes. Apretó el paso, hasta poder descubrir de qué se trataba. Y se llenó de sorpresa: llenaba sus ojos, abriéndolos; llenaba sus pulmones, quitando espacio para el aire; llenaba su

corazón, que se aceleraba para expulsarla de allí. Un cubo, un cubo de metal, bajaba lentamente desde una de las ventanas más altas, tanto que, estando bajo ella, David no podía apreciar su contorno. Era un signo inequívoco de vida humana, esperanza de compañía y sosiego que no iba a desaprovechar. Cuando el cubo estuvo a su altura, lo miró con cuidado. Era de latón y estaba algo abollado, pero bastante bien conservado. Lo habían atado con cinta americana a un cable de acero, posiblemente de un ascensor. En uno de sus laterales, alguien había sujetado un mensaje:

«AYUDA»

Nada más. David miró hacia arriba y luego bordeó la fachada hasta encontrar un hueco por el que entrar en las ruinas del edificio. Una columna de costillas metálicas, retorcidas, se alzaba negruzca y rojiza, por el hollín y el óxido, hasta arañar las nubes más bajas y deshilacharlas. Cascotes y piedras formaban un laberinto inexpugnable, fundidas con restos de acero y barro, restos fúnebres de la obra humana. Como por arte de una intervención milagrosa, más arriba de los cascotes, sostenida por columnas arañadas, una zona quedaba aún indemne. Incluso una puerta estaba firmemente cerrada. Y a

los pies de esta, una caída a un vacío lleno de horror, con estacas improvisadas en las que aún permanecían, empalados, los huesos desnudos por el hambre de los pájaros. En definitiva, quien estuviera en aquel apartamento se encontraba atrapado. David pensó que, de ser una persona inteligente, habría sobrevivido racionando los alimentos durante bastante tiempo. Pero había pasado más de un año desde el desastre, así que la desesperación debía de estar ya bien instalada en ese reducto. Desesperación que pedía ayuda a través de un cubo de metal.

Meses más tarde, la desesperación tenía el nombre de Clara y formaba parte de la ronda de David. Todos los días, este le llevaba alimentos y conversación, y ella respondía con más conversación, fotografías y recuerdos. A través de notas escritas pudieron compartir buena parte de sus vidas.

Clara había vivido allí con sus compañeras, estudiantes las tres, cuando la catástrofe azotó el mundo. Nunca habló de sus compañeras, ni él hizo preguntas. Si no estaban con ella, estaba claro que habían fallecido ya, y remover heridas en curación solo servía para abrirlas e infectarlas.

Los apartamentos vecinos estaban tan intactos como el suyo, y, aunque no fue fácil, había podido abrirse paso hasta ellos y abastecerse los meses anteriores. Había podido fabricar la rudimentaria polea; recoger, con mucho esfuerzo y tiempo, el cable del ascensor; y tender, de ese modo, su único contacto con el mundo exterior. Jamás especificó cómo había conseguido el cable, ni David se lo preguntó. Tenían pocos folios y poca tinta como para malgastarlos en detalles.

Una vez, Clara le mandó un dedal con un poco de líquido, que se había derramado o evaporado antes de llegar al suelo. Aseguraba que era una lágrima suya. David le dijo que se la había bebido, y le escribió que había dejado una risa en el cubo, para ella. Era mentira, pero no sintió remordimiento alguno. A veces, hay que alimentar la esperanza con mentiras como aquella.

David la llamó, un día, Rapunzel. Ella le respondió con un «Jajá» que sonaba irónico incluso en la distancia. Aún en su vejez sonreía al recordar esas letras escritas.

Ambos rememoraron canciones que ya no podían escuchar, a menos que ellos mismos las cantasen; películas que no podían ver, excepto en su

imaginación; lugares que ya no existían, más que en la sustancia dúctil y escurridiza de los recuerdos. En otro lugar, en otro tiempo, podrían haberse dicho amigos. Habrían salido juntos a tomar copas a los mismos locales, a cenar a los mismos restaurantes. En otro lugar y otro tiempo podrían incluso haberse besado, de forma inconsciente, tras un concierto particularmente inspirado.

Pero no era otro lugar. No era otro tiempo. Estaban separados por casi una veintena de pisos y su único contacto era un cubo de metal.

Ocurrió en ese mes que la casa del Señor Ladrídos se quedó en silencio. Los habituales gruñidos de protesta de su dueño se habían apagado. Acercándose a la puerta, con la idea de que había enfermado o estaba dormido, David escuchó un chirrido rítmico. Curioso y preocupado, derribó la puerta. Allí estaba el Señor Ladrídos, colgado del techo. La lengua salía, grotesca, de sus labios amoratados y la sangre se acumulaba tras sus ojos, en el rostro, alrededor de la soga. David lo descolgó, comprobó que estaba muerto y comenzó a revolver entre sus pertenencias. Había poco realmente útil que aprovechar. El anciano defendía a capa y espada un tesoro de recuerdos antiguos, ninguno de los

cuales iba a dar de comer a David o a Clara. Tras coger lo poco que encontró de valor, asió la soga y se llevó al Señor Perro a su hogar. Era, en definitiva, un hombre pragmático; y las proteínas escaseaban. Nunca le dijo a Clara de dónde había salido la carne. Sabía que ella era más feliz sin saberlo.

Al principio, David no abordó la cuestión. Quería creer que era por respeto, pero en realidad era porque le halagaba saberla necesitada de él, aunque tuvieran que pasar muchos años para que el propio David pudiera reconocerlo. Finalmente, tras mes y medio de conversaciones, le hizo la terrible pregunta. Siempre recordaría el temblor en su mano al escribirla.

«¿Por qué no bajas tú, en lugar del cubo?»

Había pasado una semana rumiando las palabras y, al menos eso creía, eran las mejores que había podido encontrar. Ella tardó mucho en contestar. David se sintió angustiado, horrorizado. Pensaba que en su atrevimiento había roto la relación con la única persona que quedaba en la ciudad. Pero, al final, bajó el cubo. Lentamente. La impaciencia de David era mayúscula cuando aún no había recorrido ni un tercio del camino. Los nervios lo atacaban cuando al fin llegó a su destino. Leyó lo que le había escrito

Clara, y no se lo pudo creer. Notó un deje irónico y triste en las palabras. Ella llevaba mucho tiempo siendo consciente de su situación y le había encontrado la gracia al chiste del azar, que tiene un sentido del humor de lo más negro.

«Tengo miedo a las alturas.»

Había desarrollado multitud de soluciones a problemas técnicos, como el que el cable fuera demasiado corto para hacer un recorrido doble, o el daño que pudiera recibir en el vaivén de bajada, pero nunca se le ocurrió pensar que existiese un escollo de esa naturaleza. Aun así insistió.

«¿Suficiente miedo como para quedarte ahí encerrada para siempre?»

Siempre se sintió culpable de la dureza de aquellas palabras.

«Suficiente miedo como para que me cueste acercarme a la ventana a recoger el contenido del cubo.»

En ese instante comenzó una encarnizada batalla dialéctica. A veces pasaban semanas sin sacar el tema, y otras no hablaban de nada más. Él lo intentaba todo, desde el razonamiento puro hasta el más sutil y pausado acercamiento. Pero el pánico de Clara era tan poderoso que ningún arma parecía

atravesar sus defensas. Era, como ella misma escribió, superior a sus fuerzas.

«Es que, simplemente, la idea de imaginarme sacando la cabeza por la ventana, asomándome, me encoje el estómago y me lleva a esconderme en una esquina, bien lejos.»

«El día que tengas valor para asomarte, te saludaré.»

Él intentaba, aquella semana, dar refuerzos positivos a las pequeñas demostraciones de valor. Creía, al menos lo creyó durante ese mes, que un acercamiento progresivo al problema facilitaría las cosas.

«Desde esta altura no te veré saludarme, idiota.»

«Fabricaré una bandera para que la veas.»

Nunca llegó a hacerlo. Fue uno más de tantos proyectos inacabados para sacar a Clara de su escondite.

En una ocasión ella le preguntó:

«¿Por qué insistes tanto?»

Y él, comprendiendo algo que jamás había notado antes, contestó:

«Porque te quiero.»

Pero una ráfaga de aire huracanado, levantando una nube de polvo, había tirado del cubo con fuerza,

hasta robarle el mensaje. Jamás le volvió a escribir esas palabras. Era un momento único y el viento, tan inmisericorde y seco como el mundo que azotaba, se lo había llevado.

Pasaron meses, cerca de un año, cuando David hizo un descubrimiento que era esperanza pura. Cerca de su casa, cuando volvía de su ronda, a punto estuvo de pisar un objeto que no había vuelto a ver desde antes del desastre. Una simple hoja. Ni siquiera una bonita hoja estrellada, de las que se asocian a los largos paseos llenos de árboles. Era más bien raquítica y con forma de punta de lanza, pequeña, marrón y seca. Pero, como superviviente, era un símbolo. Un símbolo de que, en algún lugar, había vegetación de nuevo. Y, más importante aún, un símbolo de que volvería, en breve, a existir un otoño en la Tierra.

Aquella primera hoja seca, aquella primera promesa de un otoño ansiado, subió con un ruego desesperado:

«Ven a ver las hojas caídas conmigo.»

La ilusión de David ascendía con aquel cubo. Creía que semejante demostración de belleza conmovería el corazón de Clara y le daría el valor que necesitaba para escapar. Cuando vio bajar el

cubo, David sonreía de alegría, creyendo que era la respuesta que tanto ansiaba. Pero la respuesta de Clara le atravesó el corazón.

«Quizás el próximo otoño.»

La ira sacudió el alma de David por entero. Aquellas palabras eran tan vagas, vacías y horrendas que no pudo más que responder con acritud. Fue, posiblemente, el mensaje más largo que jamás le escribió.

«A lo que tú tienes miedo no es a las alturas. Es al mundo. A ver cómo ha cambiado el mundo, cómo se ha ido todo a la mierda. Allí estás muy cómoda, rodeada de tus recuerdos, con la mejor excusa para no tener que ver que todo lo que amabas es ahora polvo, ceniza y mierda. Por eso, ni siquiera te acercas a la ventana. Eres como un pájaro encerrado en una jaula de aire. Demasiado acostumbrada a no tener escapatoria como para disfrutar de la libertad.»

El arrepentimiento llegó cuando el cubo estuvo demasiado alto para poder dar marcha atrás. Ninguna brisa vino a robar ese mensaje. El azar tiene un sentido del humor de lo más negro.

Y el cubo no bajaba. David supuso que Clara ya no volvería a hablarle nunca. Luego se revolvió contra ese pensamiento, enarbolando la necesidad

que tenía de él. Perdido en sus pensamientos, estuvo casi tres horas dando vueltas alrededor de la fachada, hasta que el familiar golpeteo del cubo le alertó de una respuesta.

«Tienes razón. El lunes que viene bajaré. Te lo prometo.»

David conservaba esas palabras entre sus tesoros más preciados. A veces se sentía como el Señor Ladridos, con un cofre de tesoros inútiles.

El lunes siguiente, David llegó temprano. No habían planeado cómo sería la bajada, pero suponía que Clara ya lo había pensado todo. Era una mujer decidida e inteligente. Entonces lo vio, y el alma se le cayó a los pies.

Nunca pudo saber la causa. Tampoco es que fuera importante. Había tantas posibilidades, había pasado tantos años pensando en posibilidades, que sospechaba que habían sido todas las que había imaginado o ninguna de ellas.

El cubo estaba allí, en el suelo, caído. Y el cable con él.

Se sentó. Sus piernas habían perdido su fuerza, y el peso de aquel hecho era mayor de lo que había soportado nunca. Se sentó, mirando el cubo como un estúpido, no supo nunca cuánto tiempo.

Después pudo ver su rostro y oír su voz por primera vez.

Su voz no dijo lo que él siempre había anhelado, esto es, «hola». Más bien fue un grito agudo, más agudo cada vez.

Su rostro no se parecía en nada a las fotografías. Pero era lógico, pues estaba aplastado contra el asfalto, mezclado con sangre y huesos rotos.

Había cumplido su promesa. Superó, definitivamente y de manera brusca, su miedo a las alturas: aquel pajarillo se lanzó a su primer y último vuelo, lejos de su jaula de aire. E incluso aquel acto de valentía estaba preñado de cobardía: había preferido aquel momento de libertad pasajera que una lenta y dolorosa muerte por inanición en su cárcel. Así era Clara, comprendió entonces David: para superar un miedo debía espolearse con un miedo mayor aún.

Durante horas, no pensó en nada ni hizo nada. Nada que recuerde. Con el tiempo, comprendió que fue lo que necesitaba para aceptar lo ocurrido. La noche llegó, instalándose con comodidad sobre el mundo, y aún no se había movido. Tuvo que esperar a que la luna emergiera, curiosa, en el cielo para hacer lo que tenía que hacer.

Le gustaría decir que fue llorar sobre el cuerpo de Clara. O abrazarse a ella. O besar sus labios manchados de sangre, sus ojos abiertos y vacíos, su mejilla lacerada en la que el pómulo se abría camino, óseo, hasta la superficie.

En un mundo anterior, más inocente, donde aún podían crecer el romanticismo y el respeto, habría hecho alguna de esas cosas, quizás todas.

Pero el gran desastre había barrido la inocencia del mundo. En cuanto a él, era un superviviente y, en definitiva, un hombre pragmático. Y las proteínas escaseaban.

Bajo las Piedras del Destino

Premiado en el IV Concurso de Relatos
Aullidos.com

Un latigazo de viento helado arrancó la carta de sus manos enguantadas. En lugar de ir a recogerla, contempló cómo se escapaba a lomos de la ventisca, lejos de la Ermita. Huyendo de ella. Ya no necesitaba aquel pliego de pergamino: había alcanzado su objetivo, y su contenido lo conocía de memoria.

Se bajó la bufanda y se desabrochó parte del anorak, dejando que tentáculos de viscoso frío lamieran su rostro y se colasen a través de su jersey. Se quitó los guantes de cuero y los guardó en el bolsillo, sintiendo que la piel de sus manos crujía ante el brusco descenso de temperatura. En aquella colina, bajo un cielo de nubes pesadas sin sol alguno, y caminando entre una neblina húmeda y persistente, el clima veraniego se rendía por puro

agotamiento, convirtiendo así la Ermita y sus aledaños en territorio de perpetuo invierno.

Al ir acercándose a la Ermita, cadáveres de edificios antiguos hacían su aparición por doquier. Columnas quebradas, paredes heridas, arcos podridos, piedras caídas; todos expuestos a la erosión del tiempo y a la conquista del musgo y el hongo, eran los restos mortales de construcciones más modernas que habían sido añadidas al cuerpo principal. Pero en aquella tierra baldía, que nunca había sido conquistada por el ser humano, los cimientos se derretían, era escupida la arquitectura y repudiada la ligadura de la artesanía. Todo lo que el hombre intentaba clavar allí era segregado y desterrado, sacudido de su superficie. Solo la Ermita, el núcleo más antiguo, permanecía en pie. La Ermita siempre permanecía.

Él lo sabía. La Anciana se lo había dicho hacía ya mucho tiempo.

No se sorprendió por su arquitectura, pues la conocía de memoria. Su mente había paseado por sus alrededores y su interior, podía superponer sus recuerdos a lo que sus ojos contemplaban en persona por primera vez sin que arista alguna quedase. Los gusanos y la putrefacción, siervos del tiempo

inmisericorde, se habían comido toda madera que hubiera adornado aquellas paredes. El arco de la puerta, desnudo, se encontraba custodiado por dobles columnas de mármol negro, cuyos capiteles sonreían con rostros de afilados dientes, y culminaba en un tímpano afilado y erosionado donde antaño había una leyenda que ningún humano había podido comprender excepto la Anciana y él mismo. A ambos lados, encajonadas en la pared y encerradas tras barrotes de hierro oxidado, esculturas de bronce verde y descascarillado pugnaban por escapar de su prisión de milenios, detenidas en posturas dolorosas y con atormentados rostros. El pórtico se alzaba en un segundo piso de arcos ojivales rodeados por una cornisa, donde permanecían posados cuervos de piedra y otras criaturas aladas, centinelas celosos de secretos milenarios. Finalmente, un arco quebrado coronaba el frontal, sin cruz o figura alguna en su interior, pues aquella Ermita no se había erigido en honor de ningún dios de los hombres.

Se detuvo ante el umbral, intentando atisbar algo a través de la niebla y de las sombras que poblaban el interior, sin éxito alguno.

—¡Estoy aquí! —gritó.

Solo le respondió el eco, pero con una confusa amalgama que volvía inquietante y perturbador el mensaje.

—¡Salgan ya! ¡He venido, como querían!

De nuevo la algarabía de sonidos fue lo único que emergió de la Ermita.

Un aleteo furioso a su espalda le hizo volverse súbitamente. Algo pasó volando por encima de su hombro, azotando su rostro, para enredarse entre las rejas de la imagen derecha. El Verdugo de Mil Naciones, recordó que se llamaba aquel que la estatua representaba, una figura masculina que cabalgaba un corcel bicéfalo sobre un campo de calaveras, con su lanza alzada como amenaza contra los barrotes que lo aprisionaban. Aquello seguía aleteando con furia, intentando escapar de su prisión. Lo reconoció como la carta, que había seguido los caprichos del viento para volver a encontrarse en su camino. El ánimo se le quebró al recordar la pesadilla que había resultado ser la última semana.

A la atención de Maese Gabriel Martínez Campos, decía el sobre que encontró en su taller. Era de pergamino, áspero al tacto y al olfato, escrito con

tinta sepia y con una caligrafía compleja y mutante. No le sorprendió lo más mínimo, ni destacaba demasiado entre el resto de su correspondencia, sobre todo entre la de los últimos dos meses. No había previsto las consecuencias de la exposición, de señarlarse desde la inauguración como estandarte de la causa oscura y macabra del mundo. Lo que al principio se auguraba como un fracaso de crítica y público, ya perdido hacía tiempo el gusto por la *grotesque* que había encumbrado la obra de Francis Bacon, entre otros, acabó sintonizando con el resurgir de movimientos góticos que pugnaban por un pasaporte al arte institucionalizado de su filosofía y su forma de ver el universo.

El que la exposición *Beneath Stones of Fate* se estrenase en el MOMA de Nueva York, y no en una galería menor, había sido una casualidad del destino que había catapultado a la fama al pintor argentino. Músicos, como Marilyn Manson o Ville Valo, o directores de cine de renombrado gusto oscuro, como Tim Burton o Henry Selick, se enorgullecían ya de adornar su hogar con varios «Martínez Campos» de aquella exposición. Esculturas, vasijas en las que se reproducían las «figuras negras» griegas y, sobre todo, los grandes óleos que eran la joya de la

colección habían sido cotizados a precios desorbitados para un joven casi desconocido como era Gabriel. A partir de ese estallido de popularidad, que recorrió Internet como si fuera pólvora ardiendo, cientos de correos electrónicos se agolpaban a la espera de ser leídos, y mucha correspondencia física, de extraña factura, llegaba a sus manos.

Así que abrió el sobre sin más expectativas que las de conocer a otro admirador oscuro. Poco a poco, mientras iba leyendo el contenido de la carta, su rostro empalideció y su corazón se agitó.

Maese Gabriel Martínez Campos:

Nos os conocemos. Nos os vigilamos. Nos sabemos lo que hacéis. Nos sabemos qué trato hiciste y rompiste.

Nos hemos visto cómo habéis aprovechado lo que se os fue confiado, cómo a cambio de oro habéis roto vuestra promesa. Vuestra vanidad y vuestra codicia os han hecho traicionar lo que era sagrado, y eso no puede consentirse.

Un castigo merecéis.

Nos hemos cogido lo que más amáis. Nos lo tenemos. Nos lo custodiamos.

Venid, Maese Gabriel, a la Ermita. Debéis resarcir el daño.

Seguid estas indicaciones para encontrar la Ermita.

Nos os estaremos vigilando.

Tras aquel texto se podía ver un mapa de una región de la Patagonia, poco antes de llegar al glaciar, que indicaba dónde podría encontrar la Ermita.

Gabriel se quedó un momento pensativo, dejando que el miedo cubriera de frío sudor su cuerpo. Pero al tiempo se dijo a sí mismo que era normal, tras la fama, que hubiera locos y bromistas capaces de enviar semejante carta, por oscuros motivos. Comenzaba a recuperar su respiración normal cuando el teléfono lo sobresaltó. Recuperado de la confusión, contestó.

—¿Aló?

—¡Gabriel, hijo de puta! —sonó la voz de su ex mujer al otro lado del teléfono, furibunda—. ¡Esta semana me toca a mí!

—¿Qué decís, Noelia?

—No te hagas el tonto conmigo, Gabriel. Sabes que esta semana me toca a mí.

—Mujer, dejá de comportaros como una loca y decíme qué ha pasado.

—¡Gema, cabronazo! ¡Te la has llevado del colegio!

—¿Qué decís? ¡Vos estás loca!

—¿Dónde estáis?

—Estoy yo solo, aquí, en el taller. Vení si querés.

—Ya estoy yendo.

Cuando Gabriel colgó, el peso de la responsabilidad se aposentó en sus hombros. Miró de nuevo la carta, en su mano, y comenzó a comprender con horror que quizás, solo quizás, la carta era real. Muy real.

Tras recuperar el pergamino de las garras de hierro, Gabriel se presentó ante la puerta de la Ermita. El calor emanaba de aquella boca oscura como el fétido aliento de un perro enfermo, golpeando la piel desnuda del pintor.

—¡He venido, como pedían! ¡Devuélvanme a mi hija!

Por tercera vez, su eco fue alterado de maneras horribles. Pero esta vez, por encima de su propio eco, un silbido pastoso le respondió:

—Entrad, Maese Gabriel.

Su respiración comenzó a agitarse, mientras su corazón latía cada vez más rápido y la sangre caía a plomo, abandonando su cabeza. Tenía una certeza clara de lo que encontraría al atravesar el umbral, una certeza que lo detuvo varios segundos; pero la angustia del destino de Gema lo obligó a dar el primer paso dentro de la oscuridad.

Durante una semana, mientras la policía investigaba la desaparición de la niña, Gabriel se encerró en su taller. A su alrededor, el trabajo de una vida dedicada a plasmar su lado más perverso. Payasos de sonrisas torcidas y dientes quebrados, vampiros esculpidos en mármol negro, criaturas abisales de leproso resplandor, seres de la noche, muertos revividos, hombres máquina que miraban con odio y una acusación en los ojos. Todos hijos suyos, por eso los quería tener cerca al sentirse golpeado por la pérdida. Si no se suicidó fue por apatía y no porque no deseara acabar con su vida.

En todo aquel tiempo no mostró la carta a la policía. Tenía miedo y se sentía culpable de lo que allí se había escrito. Le recordaba a la Anciana, a todo lo que le contó, al pacto que habían hecho.

Cuando Gabriel era niño y vivía en Argentina con sus padres, conoció a la Anciana. Todos la llamaban así porque nadie le había conocido nombre real nunca, y porque ya era anciana cuando la más vieja del pueblo era una niña. Bajaba pocas veces de las montañas, a veces a por fruta, a veces a por café, siempre parca en palabras y gestos. Hasta que vio al pequeño Gabriel.

Con una sonrisa desdentada y algo torcida, la Anciana se acercó a aquel niño que se dedicaba a dar golpes con un palo a un pájaro muerto.

—¿No te asustan las cosas muertas, pequeño? —preguntó.

—Lo que está muerto no puede hacerte daño —le respondió Gabriel, serio, atento a su labor.

—Ah —respondió con una sonrisilla—, así que sos un chico listo.

Gabriel miró aquel rostro arrugado y tostado por el sol, sin saber qué responder.

—Te llamás Gabriel, ¿no, pequeño?

—Sí, señora.

—¿Quieres que te cuente un cuento, Gabriel?

El niño se encogió de hombros, dando a entender que era una idea tan buena como cualquier otra.

—Pero antes tenés que prometerme una cosa.

Gabriel miró a la Anciana a los ojos, comprendiendo de repente que algo muy importante iba a suceder.

—No podés contarle esto a nadie, ¿entendés? Este secreto te lo tenés que llevar a la tumba, hasta que encuentres a alguien que pueda cargar con él.

Gabriel asintió, solemne, preparado para cumplir su promesa hasta que el Tiempo se terminara.

—Bien, jovencito. Pues te contaré la historia. Hay una colina, más allá de la niebla, donde nunca es verano y siempre es invierno. Allí, ningún edificio hecho por el hombre ha aguantado más de un siglo en pie, y ya nadie se esfuerza por construir nada porque nada permanece. Excepto la Ermita. La Ermita siempre permanece...

Gabriel jamás sabría si su gusto por la oscuridad, por los seres deformes y lo que se arrastra en los pantanos, provenía del cuento de la Anciana o si la Anciana lo escogió por esa inclinación natural. Fuera

como fuese, Gabriel fue siempre distinto, la cara lunar de la vida, el ente que emerge en la noche. Su camino lo llevó a la pintura, al dibujo, a la escultura, a retratar con sus manos toda aquella maldad que su alma ocultaba tras un rostro decepcionantemente habitual.

Noelia había sido un punto de inflexión. La barcelonesa, enamorada más de su obra que de él mismo en realidad, había comenzado una batalla personal por hacer entrar al pintor en las grandes galerías estadounidenses, italianas y, sobre todo, parisinas. El tiempo que pasaban juntos convertía en algo cada vez más estrecho su relación, hasta que un día Noelia se quedó embarazada. La boda, rápida y discreta, parecía una solución idónea al principio. Pero el carácter de Gabriel resultaba demasiado melancólico y lleno de aristas y sombras como para poder mantener una relación normal con cualquier persona. Demasiadas veces, Noelia tuvo que ir a buscarlo a bares o garitos de mala muerte, donde el alcohol y otras sustancias lo consumían poco a poco; algunos exabruptos del pintor provocaban un miedo visceral en ella, que pronto se estaba convenciendo de que la persona con la que se había casado no hablaba su mismo idioma. Lo que parecía una pose

para la prensa y para promocionar su obra, maniobra que no solo había aceptado sino también alentado, demostró ser la verdadera piel, escamosa y negra, de un hombre de miradas huidizas y oscuros deseos. El nacimiento de Gema no atemperó nada su carácter, incluso lo volvió más huraño. Preocupada, Noelia se interesó por saber qué era lo que preocupaba al pintor, pero este decidió no soltar prenda.

Un día, llegó a casa con la compra y se encontró a su hija posando. Al otro lado del lienzo, Gabriel, ignorando al universo, se afanaba por perfilar lo que parecía un retrato de la niña. Una sonrisa de alegría se bordó en su rostro, pero al dar la vuelta y contemplar lo que el ausente Gabriel, títere de inexpresiva porcelana movido por hilos de fatalidad, estaba pintando, el horror le hizo gritar. Allí estaba su niña, con su precioso rostro, terriblemente deformada, con el cabello rubio y rizado arrancado de raíz y la piel, tostada habitualmente, pálida y quebradiza como el papel. Era un horrendo monstruo que, por una vez, no atrajo la atención de Noelia lo más mínimo.

Cuando la niña se hubo marchado, comenzó una amarga discusión, fruto de años de silencios y malas caras, en la que Noelia reprochó a Gabriel el haber

visto a su hija como una criatura abominable. Él, explotando al fin, le gritó que la niña ya era una criatura abominable, toda ella hoyuelos y ricitos dorados. Que más le hubiera valido no nacer en vez de haber heredado de su abuela materna tan desagradables rasgos. El orgullo herido y el instinto de protección maternal avivaron la ira de Noelia hasta llevarla a un desagradable y costoso divorcio que sumió al artista en la melancolía.

Acosado por las deudas, tanto económicas como morales, y viendo que se arrastraba hasta el fondo de la botella anclado a sus terrores personales, Gabriel encontró como único punto de fuga su infancia, su atípica y oscura infancia. La primera vez fue sin querer. Simplemente quería ver la Ermita tal y como la imaginaba, tal y como la Anciana se la había descrito. Como válvula de escape terapéutica para su dolor, ese camino lo condujo a un estado prolífico y febril en el que volvió a crear con el ímpetu de sus primeros años y con una genialidad que jamás se le había conocido. El pórtico de la Ermita dominaba su taller atrapado por el óleo en un lienzo descomunal; Las Sombras Eternas, esculpidas en piedras diversas a lo largo de su estudio; el Juez Inferior, adusto, retratado hasta la saciedad; las leyendas de los

Depositarios del Secreto, reflejadas en vasijas. Conforme iba llenando su taller de historia palpable, iba sintiéndose más seguro, de nuevo en un lugar confortable y cómodo, la oscuridad que guardaba desde que era un niño.

Entonces la vanidad llamó a su puerta, en el cuerpo de Noelia, que, de nuevo seducida por lo que su pincel y sus manos habían creado, lo convenció para exponerlo. Al principio se negó, pero ella conocía los resortes que hacían saltar a Gabriel.

Le preguntó sobre el título de la exposición.

Él, aún bajo el trance de su propia obra, dijo con una voz que no era del todo la suya: «Bajo las Piedras del Destino».

Ella propuso que lo publicitara en inglés.

Beneath Stones of Fate.

Cuando Gabriel se encontró al otro lado de la puerta de la Ermita, las primeras Sombras Eternas aparecieron ante él, cubiertas con hábitos raídos que ocultaban rostros y cuerpos. Debería haberse asustado, pero de repente comprendió que al fin había llegado al lugar que había buscado desde que era un niño. Los morros óseos, alargados, de las Sombras Eternas chasqueaban en una lengua que

solo una persona por generación conocía. Gabriel respondió en el mismo idioma. Arrastrando sus cuerpos gruesos y pestilentes por los pasillos interiores de la Ermita, guiaron a Gabriel por caminos que él conocía. A ambos lados, cráneos humanos sonreían a su paso. Uno de ellos, o eso le pareció al pintor, le resultó muy parecido al de la Anciana, pero no tuvo tiempo de detenerse para comprobarlo.

Unas escaleras de caracol los condujeron hasta un largo pasillo apenas iluminado por velas de cera negra y llama azulada que emergían de las cuatro paredes curvas. Las Sombras se adhirieron a las paredes laterales con sus miembros alargados, finos, aparentemente quebradizos; mientras Gabriel esquivaba los candelabros que emergían del suelo a su paso. Como segmentos de un gusano pétreo, el pasillo se dividía en estancias esféricas, apoyadas sobre nervaduras de arcanos bajorrelieves y comunicadas por arcos que, desde las cuatro esquinas, formaban pasos circulares. Tras un tiempo indeterminado siguiendo el pasillo, llegaron a la Sala del Tiempo, donde había cientos de miles de sombras, adheridas al techo, a las paredes o al suelo. Miraban desde el interior de sus capuchas, sacudían

sus barbas ancianas y enredadas, murmuraban entre chasquidos. Todas estaban pendientes del Juez Inferior, que se sentaba en un trono de piedra y metal ante Gabriel.

Las Sombras Eternas que custodiaban al humano se mezclaron con la multitud, dejando al pintor atravesar solo el pasillo central. La Sala del Tiempo se extendía lejana en todas las direcciones, atravesada por una red de cadenas en cuyos nudos brillaban las fantasmagóricas velas mortecinas. En su centro, a nivel del pasillo, un puente se dirigía, sobre finas columnas, hasta el trono del Juez Inferior. Al acercarse, Gabriel pudo ver de cerca cuán parecido era al trono de sus recuerdos. Dos pilares de piedra, tallados con advertencias y conjuros, se alzaban más allá de la altura de tres hombres a ambos lados del respaldo, coronados por grandes recipientes de metal llenos de fuego. Los brazos culminaban en similares pilares, igualmente tallados. Y, majestuoso e inconcebible, el Juez Inferior se sentaba allí, observando con su rostro sin ojos la Eternidad. Su cabeza, pequeña en comparación con el cuerpo, tan similar a un cráneo humano como puede ser algo más antiguo que el ser humano, estaba adornada por una cinta de metal y jade, símbolo de su cargo.

Cubría su cuerpo con una enorme túnica, grisácea y carcomida, que se amoldaba apenas a un cuerpo grueso y a unos miembros finos y enclenques.

—Nos os conocemos, Maese Gabriel —dijo el Juez en el idioma de las Sombras.

—Yo también os conozco a vos, Juez Inferior —respondió Gabriel.

—Claro que Nos conocéis, Maese Gabriel. Sois el Guardián del Conocimiento, el Depositario del Secreto de esta generación. Vuestra labor es conocer acerca de Nos y de las Sombras, y de todo aquello que representa el Mundo Inferior.

—Estamos en el Nexo, en la Ermita, en la Comunión de Mundos, Juez Inferior, aquí vos no tenés poder ni yo tampoco.

—Pero no estamos aquí para dirimir una cuestión de fuerza, Maese Gabriel.

—Han roto el Pacto, han influido en el Mundo de los Hombres.

El silencio que gritó el Juez Inferior golpeó a Gabriel y lo tiró al suelo.

—El Mundo Superior no pertenece al hombre. No le pertenece a nadie. Es, y con ser ya es suficiente.

Gabriel se levantó.

—Sigue sin ser lugar para ustedes. Ustedes deben permanecer en el Mundo Inferior. Así es como funciona.

—Nos no fuimos los primeros en romper el Pacto, y vos lo sabéis, Maese Gabriel.

—¡Pues pagaré! ¡Pagaré como tenga que pagar, pero devuélvanme a mi hija!

La cabeza del Juez se acercó a Gabriel. Hubiera sido capaz de tragárselo de un solo mordisco.

—Maese Gabriel, vos no podéis pagar. Vos tenéis que cumplir vuestra misión, tenéis que recordar, tenéis que transmitir el Conocimiento. El Mundo Inferior no debe ser olvidado. Cuando llegue la próxima generación, pagaréis.

Gabriel se enfrentó a la cabeza.

—¿Y mi hija? ¡Quiero ver a mi hija! ¿Por qué me han traído si no es para pagar en lugar de ella?

—Os hemos traído para que contempléis.

—¿Contemplar qué?

—Las consecuencias de vuestros actos.

El Juez volvió a su lugar, sin aparente ánimo de seguir hablando. Gabriel se sintió confuso, incapaz de decir una palabra, centro de las miradas de las Sombras Eternas. Un ruido de pasos lo alertó de que alguien se acercaba a su espalda. Se volvió.

—Maese Gabriel, os presento a la nueva Princesa del Mundo Inferior.

Vestía un traje de cola larga, oscuro, lleno de púas y espinas. El cuello del corpiño ascendía para enmarcar el rostro con afilados aceros y ruedas dentadas. Aquel cuerpo aún no estaba hecho para llevar trajes de noche, con apenas cinco años, pero aquella vestimenta estaba preparada exclusivamente para ella, así que realzaba su belleza infantil. Sus brazos estaban cubiertos por guantes largos, que cubrían por completo los dedos y se volvían telarañas escarlata en los dorsos de las manos. Su rostro estaba más pálido de lo que nunca había estado, cubierto por una fina red de venas azuladas. El cabello había desaparecido por completo, dejando en su lugar un cráneo blanco tatuado con volutas florales. De su frente emergían tres púas de hierro, con diamantes engastados, atornilladas al cráneo. Abrió sus ojos, en los que las pestañas habían crecido descomunadamente, para mostrar una negrura absoluta que cubría todo el globo ocular, con pequeñas lunas menguantes a modo de pupilas. La negra pintura de sus labios se prolongaba más allá de las comisuras, floreciendo en un arbusto espinoso en sus mejillas que, tras observarlo mejor, comprobó

que estaba dibujado con finas cicatrices. Gema, al ver a su padre, se lanzó a sus rodillas y lo abrazó con fuerza.

—¡Papá! —gritaba.

Gabriel, al principio, no reaccionó a pesar de que su hija lo aferraba y lo abrazaba entre sollozos. Finalmente, se arrodilló, aún con la mirada perdida, y enterró su cabecita en su hombro, abrazándola.

—Papá... —repetía, algo más calmada—. Papá, ¿qué me ha pasado? ¿Qué me han hecho?

Notaba las lágrimas de su hija empapando su camisa; sus bracitos, rodeando su cuello. La tomó de las mejillas, ahora llenas de laberínticos relieves. La miró a los ojos, a esos nuevos ojos de noche maldita.

—Papá, ¿qué me han hecho?

Gabriel notó las lágrimas derramarse por sus propias mejillas, la sonrisa dibujándose en su rostro y, mientras contemplaba a la Princesa del Mundo Inferior, dijo:

—Te mejoraron, cariño. Te mejoraron.